

Por la mañana sobrevino una niebla densa que apenas nos permitia descubrir como dos veces el largo del navío, y enseguida notamos una calma que parecia le dejaba ir con la corriente; pero á las ocho reconocimos que ya no se movia. Esta desgracia renovó los temores de la noche precedente, no contando ya ninguno con la vida. Por mi parte confieso que me arrepentí más de una vez de haber recibido á bordo los holandeses, pues algunas mujeres que llevaban consigo daban tales alaridos, que no podíamos entendernos. En tan triste situacion nos vimos hasta que el sol fué disipando la niebla. Entonces reconocimos que estábamos sobre un banco de arena á media legua de la costa, aunque no pudo decir ninguno si era isla ó continente lo que mirábamos, ni nos interesaba saberlo, supuesto que de todos modos mejoraba nuestra suerte con respecto á pocas horas antes, en que habíamos creído perecer, y esta reflexion nos daba ánimo. A principio de la tarde logramos un temporal sereno y aun caliente; determinamos sacar á tierra nuestras mercaderías y registrar el nuevo descubrimiento, con la precaucion de enviar delante doce hombres escogidos y bien armados, y de todos modos sin internarnos mucho.

CAPITULO III.

Gulliver envia doce hombres á tierra. Los ingenieros siguen. Arman tiendas y las guarnecen de trinchera. Su navío deshecho. Construyen una pinaza en que se embarcan ocho de la tripulacion para Batavia. El autor es nombrado general en jefe de ingleses y holandeses. Oficiales electos para servir á sus órdenes y otras varias cosas.

Habiendo desembarcado nuestra gente se dirigió á una altura que dominaba el país, con aquella precaucion que siempre inspira el miedo; mas no descubriendo casas ni habitantes, tuvo por peligroso internarse con tan pocas fuerzas, y volvió á bordo. La mañana siguiente enviamos doble destacamento con orden de devolvernos la chalupa para desocupar el navío, que no podia ya mantener tripulacion ni cargamento. Todo fué ejecutado con tanta prontitud, que antes del medio dia quedaron nuestras mercaderías y provisiones debajo de una gran tienda construida á este fin y para defendernos de las injurias del tiempo. Para la tripulacion se habian hecho otras más pequeñas.

Luego que arreglamos lo más principal,

junté mi consejo para deliberar sobre lo conveniente á nuestra conservacion, cuyo resultado fué que una parte de nuestra gente se emplease en levantar una trinchera en redondo, por si nos viésemos acometidos de hombres ó fieras, y que el resto se dividiese, unos á descubrir la tierra, y otros á cortar maderas y demás cosas necesarias. Entretanto yo habia encargado á doce marineros, que habian quedado á bordo, registrasen con cuidado el navío y fuesen á darme cuenta de su estado. No hicieron falta el dia siguiente por la tarde, informándome que su popa estaba destruida, y que aun cuando pudiéramos sacarle del banco de arena, no estaba en disposicion de volver á servir. Sobre este supuesto otro consejo de guerra decidió que se desbaratase para construir una pinaza en que ir á buscar bastimentos á Batavia, que parecia deber ser el primer puerto perteneciente á los europeos.

La resolucion fué ejecutada inmediatamente, no descuidándome en aplicar gente para su conclusion, mientras nuestras partidas salian diariamente á la descubierta del campo y nos llevaban diferentes géneros de pescados de concha de un gusto muy grato, además de otros infinitos que cogíamos en el mar de distinta es-

pecie. Así nos manteníamos de la pesca, reservando las provisiones de Europa, pero nos faltaba el agua, y aunque abrimos un pozo en la trinchera, solo encontramos agua salobre. Con todo, no nos desanimamos. Nuestros exploradores continuaban sus salidas avanzando cada dia un poco más, pero sin ver otros habitantes que culebras semejantes á las de Europa, ratas formidables como conejos y ciertos pájaros parecidos á nuestras palomas torcaces. Por fortuna á algunos les ocurrió aderezarlos y hallaron ser de un gusto excelente, no menos las ratas que los pájaros, los cuales no se diferenciaban de nuestros pollos sino en la blancura, invencion que nos escusó tambien el consumo de los otros viveres.

Habiamos formado nuestras baterias de cañones, que abandonamos luego, visto que el único enemigo que teníamos que temer era el hambre. En quince dias concluyeron nuestros trabajadores un buque suficiente para ocho hombres, con provision para ocho semanas, que era todo lo que permitian nuestras facultades. Solo quedaba que vencer la eleccion de los que habian de embarcarse, pues ninguno queria aventurarse á una navegacion tan arriesgada. Para quitar disputas hice echar suertes y

que firmasen un escrito que habia formado á este fin.

Tocó á dos ingleses y seis holandeses, de los cuales uno era el piloto. Los infelices se sometieron á su destino con resignacion, y se echaron al mar el dia 20 despues de nuestro naufragio, quedando todos conformes en que si retirásemos el campo dejaríamos señales que pudiesen indicar nuestra residencia. Seguimos con la vista y el corazon á aquellos desdichados hasta que se nos oscurecieron, y tambien rogamos al cielo por su prosperidad.

Desembarazados de esto, mi primer cuidado fué convocar al consejo de guerra para establecer alguna forma de gobierno en nuestra pequeña república. Todos los votos se dirigieron á hacerme general, y á continuacion formé los artículos siguientes:

«Que todos, á excepcion de las mujeres, prestarian juramento de obedecer mis resoluciones de acuerdo con el consejo, bajo aquellas penas que nos pareciere imponerles. Que me reservaba el privilegio de elegir privativamente mis oficiales, los cuales, en caso de mala conducta, podrian ser juzgados por dicho consejo. Que yo tendria dos votos en él.»

Fueron aceptados y firmados de unánime

consentimiento, y desde aquel mismo dia hice para mi una tienda de alguna más ostentacion que las otras enmedio de nuestra pequeña poblacion.

El dia siguiente junté el consejo para nombrar mis oficiales. Di al señor Van-Nuit, holandés, la intendencia de las provisiones, y á Swart, ingeniero de Batavia, la de artillería. Blondel Morrice, excelente marino, fué electo almirante de la escuadra, que consistia en una chalupa, un batel y una pinaza todavía en el arsenal; esto era todo lo que habíamos podido componer de las piezas del navio. Mi primer contraestre, llamado Broun, fué ascendido al empleo de mayor general. Hice capitán de mi primer compañía á Morton, segundo contraestre, nativo de Bath. De Hayes, francés, obtuvo la segunda: era un hombre activo é inteligente en el arte de la guerra. Puse á Van-Sceilder, natural de la Brille, á la cabeza de la tercera, y á Bose, normando, de la cuarta. Dejéles á todos la eleccion de sus oficiales subalternos, y se terminó la cosa sin disputa ni resentimiento.

Hicimos en seguida la revista de nuestra gente y contamos trescientos siete hombres, setenta y cuatro mujeres y tres muchachos, todos

con buena salud, pues aunque algunos habian desembarcado indispuestos, se habian restablecido en poco tiempo, prueba nada equívoca del saludable aire que respirábamos.

Los dividí en cuatro clases. El señor Morrice escogió veinte y seis de los mejores marineros con los tres galopines para tripular la escuadra. Swart tomó treinta para el servicio de la artillería. De otros doscientos formé cuatro compañías de cincuenta hombres cada una, y el resto quedó á las órdenes del señor Van-Nuit. Nombramos forrajeadores y de dos trompetas que habia di el uno á Van-Nuit y reservé el otro para mí.

Arreglado así todo, hice ver aquella misma tarde á mis oficiales que lo que más nos urgía era hacer la descubierta antes que se nos acabasen las provisiones; que bien mirado, nuestro campo estaba en mala situación, que muy presto nos hallaríamos sin víveres, y que además no teníamos agua buena.

Aprobaron todos mi pensamiento, y se revistieron de valor para cualquier empresa.

Pasé orden por escrito al almirante Morrice para que tuviese los dos buques prontos y equipados sus marineros. Uno de ellos debia costear el Oeste de nuestro campo, mientras que el

capitan Morton con veinte soldados irian en su escolta, por lo que pudiese suceder. El otro barco, mandado por el almirante, habia de salir con igual fin hácia el Sud, y para sostenerle correria yo la costa con una partida de cuarenta hombres. El capitan de Hayes saldria á reconocer el terreno con treinta hombres de su compañía y el resto se quedaria guardando el campo. Esta fué mi orden.

La mañana siguiente salimos prevenidos de pólvora y balas y armados de sables y bayonetas, con provisiones para tres dias, habiendo mandado á Morton que por las tardes se acercase á la chalupa, si le fuese posible, segun que me habia propuesto ejecutar por mi parte. El mar estaba en calma, tanto que no se sentia siquiera un leve soplo y esto hacia nuestra marcha muy incómoda. Anduvimos diez millas sin ver otra cosa que un país semejante al de nuestro campo, donde solo crecian espinos; ni menós encontramos arroyo, ni fuente alguna. Nos juntamos con la chalupa al medio dia para tomar refrescos, siguiendo despues nuestra marcha. Pero no bien habíamos caminado cinco millas cuando entramos en un terreno desigual, todo de pequeñas colinas aunque no ásperas ni muy pendientes, y á dos millas más, nuestra van-

guardia hizo alto para darnos la agradable nueva de que habia encontrado un arroyuelo de una agua deliciosa, rodeado de arbolitos que le defendian del sol y daban al sitio una frescura hechicera, donde fuimos á descansar un poco haciendo señal á la chalupa de que se acercase.

Luego que tomamos algun alimento mandé al almirante que siguiese el arroyo, como igualmente hicimos nosotros á paso corto con la idea de parar; entrada la noche en cualquier sitio cómodo que encontrásemos, y en defecto en la chalupa, que no fué menester, porque antes de una milla llegamos á un bosque hermosísimo, donde acampamos. Morrice habia hecho provision de peces de un gusto exquisito, totalmente diferentes de los de nuestros rios, á más de un sin fin de ostras grandes y otros mariscos. Cenamos perfectamente y pasamos la noche con descanso, despues de haber tomado precaucion de apostar centinelas y rodear el fuego de maleza para no ser descubiertos.

Por la mañana envié cinco hombres á reconocer las inmediaciones. Volvieron al cabo de una hora diciéndonos que el terreno era semejante al en que habíamos desembarcado, lo cual nos determinó á hacer que avanzase la chalupa por el rio mientras no la perdiésemos de vista. Pero

cuanto más caminábamos, más quebrado iba siendo el terreno. Por último, descubrimos como á distancia de cinco millas, segun nos pareció, una floresta cuyos árboles eran de una altura extremada, y estaba situada sobre un promontorio que se adelantaba en el mar. Despues de haber comido algo resolvimos ir allá, si no encontrábamos obstáculo, y en efecto llegamos en dos horas, pues no hubo breñas ni otro estorbo que embarazase el paso. Atravesamos el bosque con la primera fila doble, que á prevencion habia puesto por si teníamos algun encuentro de hombres ó fieras, y sembrando ramas de árboles por el camino para no perderle á la vuelta, hasta la otra parte de dicho bosque, donde descubrimos otra vez el mar y más arboleda de la misma altura, distante unas seis millas, de suerte que no nos quedó duda de que el mar formaba allí una vasta bahía entre dos cabos ó promontorios.

Su vista nos dió un gusto inmenso. No hubo hombre que no hubiese tenido á dicha encallar en aquel sitio. Despaché al instante tres mensajeros á Morrice, que habia quedado del otro lado del bosque, para decirle que doblase el cabo con la brevedad posible, y entretanto destaqué tres partidas, una que costeara el mar, otra

en busca de agua fresca y la tercera para que observase lo interior de la comarca. Todos lograron un suceso igual. Los primeros volvieron cargados de ostras y mariscos, como los de la noche antecedente. Los segundos anduvieron dos millas inútilmente; mas al fin su fatiga fué recompensada con un agua excelente, y en un sitio de cuya hermosura venian enamorados. Los últimos nos trajeron algunas bestias, que habian matado junto al arroyo á la linde del bosque.

Tanta fortuna animó nuestro valor llenándonos de esperanzas lisonjeras. Partimos inmediatamente al nuevo arroyo descubierto por nuestros cazadores, y confieso que jamás ví lugar que tanto me haya agradado. Así, pues, determiné pasar allí la noche y trasladar nuestro campo sin buscar otro sitio mejor. Se encendió fuego para aderezar la cena, y un poco antes de que estuviese dispuesta llegó la demás gente y cenamos todos con tanta satisfaccion como si estuviéramos en nuestra pátria.

Al romper el dia dejé algunos á Morrice, y con el resto de mi partida volví al antiguo campo, donde llegamos antes de ponerse el sol. No es fácil explicar el gusto con que me recibieron, porque justamente Morton y de Hayes ha-

bian entrado dos horas antes con unas nuevas muy tristes que habian llenado á todos de pesadumbre. El primero, trás de no pisar en dos dias sinó sobre peñas y arena habia padecido mucho por falta de agua dulce, pues la chalupa no podia llegar á tierra; de manera que hubieran perecido de sed si no hubiesen tenido la fortuna de encontrar el segundo dia un gran rio, cuya agua, aunque salobre al pié del mar, era dulce á dos millas por encima. Además llevaron un fuerte susto con dos cocodrilos que salieron del rio, y que sin duda los hubieran devorado á no haber conseguido ahuyentarlos á fuego de fusil. Esto fué lo que los obligó á volverse, especialmente viendo un terreno tan árido por todos lados y que les faltaban provisiones.

De Hayes no habia hecho más progresos que Morton. Un agua parada y algunos pájaros del rio, sin poder matar uno, fué lo que encontró al fin de cuatro ó cinco millas, con una cordillera de montañas que extendiéndose del Este al Oeste se perdian de vista y no se atrevió á pasar más adelante por temor tambien de que le faltasen los víveres.

Con estas noticias ninguno vaciló en la resolucion de mudarnos al sitio que ya habia des-

cubierto; y decretado en el consejo, desde la mañana siguiente se principió á disponerlo todo con ligereza para marchar á Verdantvale, que era el nombre que habia puesto á aquel lugar. La pinaza aun no estaba acabada, pero en los dos barcos trasportamos la cargazon, y los primeros que se embarcaron fueron los trabajadores con sus herramientas. Morrice fué con ellos, de Hayes escoltó á otros y yo me quedé para salir con los últimos, después de haber puesto nuestros cañones y municiones en la nueva pinaza.

Durante mi ausencia mi gente habia dado mi nombre al nuevo establecimiento, y ya tenian barracas á lo largo del rio. Cada uno parecia tan contento con su suerte, y sin duda hubiéramos podido vivir con tanta satisfaccion como en nuestra propia pátria, á no ser por esta propension natural de todos los hombres que un poema exprimió en los siguientes versos:

*Nescio qua natale solium dulcedine cunctos
Ducit, et inmemores non sinit esse sui.*

Teníamos caza y pesca aunque hubiera sido para triplicado número de personas. Echamos de menos la sal por algun tiempo que nos faltó, pero después nuestro almirante, entre otras

cosas, llevó sal para un siglo que hubiéramos vivido allí, la que formaba el mar batiendo en los cóncavos de las rocas, donde el sol la petrificaba muy breve. Unicamente dos cosas eran las que nos inquietaban todavía, á saber, el que se acabase la pólvora, de que gastábamos cada dia gran porcion, y el ver que se iban destruyendo nuestros vestidos, barcos y cordajes. En cuanto á lo primero tenia dadas mis órdenes para que no la malgastasen, sin embargo de que teníamos bastante provision; pero respecto á lo último no hallaba otro remedio ni esperanza que la Providencia, como acostumbrado que estaba á sus beneficios.

Entretanto continuábamos salando nuestra caza, tortugas y pesca para aumentar los víveres; y teniendo todavía varios barriles de habas y guisantes, determinamos hacer una sementera por ver como probaba. Cortamos una porcion de ramas de árboles, las quemamos sobre el sitio señalado para engrasar la tierra, y en seguida sembramos nuestras legumbres, dejándolo después á la voluntad del que únicamente podia dar la prosperidad.

En aquel tiempo sucedió un caso que merece ser contado. Un dia que nuestros cazadores se habian internado en el monte más de lo ordina-

rio, mataron tantas bestias que se vieron en la precision de dejar dos en el bosque colgadas de las ramas de un árbol, creyendo encontrarlas allí despues; pero habian echado la cuenta sin la huéspedia propiamente. El dia siguiente, volviendo á buscarlas observaron que un gran tigre trepaba por el árbol para cobrar su parte en la presa. Sorprendidos y asustados, como se deja conocer, no sabian si pasar adelante ó retroceder. En fin, se escondieron entre el monte para acechar al ladron, y dos de ellos, animado el uno con el otro, le hicieron fuego y le echaron á rodar. Al pronto dió un ahullido terrible, pero estaba herido en dos parajes y no pudiendo levantarse espiró en breve. Entonces se acercaron, le despojaron de su hermosa piel y la llevaron por trofeo al campo con las dos bestias que habian cazado.

Aunque la aventura nos hizo gracia, yo no las tenia todas conmigo, ni mi recelo carecia de fundamento, porque en un lugar donde se habia encontrado un tigre, era verosímil que no fuese solo, sin contar con otras fieras de distintas especies, siendo de temer que algun dia se arrojasen sobre nosotros aquellos animales carniceros. Comunicué mi pensamiento al consejo, y desde la misma hora se resolvió fortificarnos

con aplicacion. En efecto, el dia siguiente se principió una estacada capaz de desafiar á los hombres y á las fieras, la cual fué acabada en diez dias, y al mismo tiempo prohibí á nuestros cazadores el internarse tanto en el monte. No tuve que decir mucho sobre la exacta observancia de esta orden, pues estaba á la vista cuanto les interesaba.

Como en caso de que la pinaza que habíamos enviado á Batavia hubiese escapado debia llegar ya muy presto, esta consideracion me dió motivo á mandar cortar en el bosque un palo muy alto y derecho, que se colocó en la punta del cabo con una gran vela blanca, para que pudiéndose distinguir de muy lejos, sirviese de señal por el dia y de noche se encendian vivas hogueras, á fin de que supiese nuestro paradero la pinaza. Pero Dios habia dispuesto otra cosa, y aun llegué á creer que hubiese perecido su gente, pues estuvo lloviendo seis semanas continuas con un viento fuertísimo, todo indicio de la borrasca que se habia levantado en el mar, no obstante que la bahia no lo anunciaba.

Tampoco la sintió nuestra sementera, antes prometia ciento por uno, quedándonos este consuelo en medio de las fatigas que nos habia cos-

tado, y no sobraba nada, habiéndose ahuyentado la caza de tal manera que nuestros cazadores no traían ya la cuarta parte que al principio. Esta novedad me obligó á mandar que en adelante no se comiesen carnes sinó tres dias en la semana, reduciéndonos en los cuatro restantes á los pescados, de que teníamos abundancia. Pero poco despues la escasez llegó al apuro, tanto que creíamos carecer de ellas enteramente, hasta que determiné enviar una chalupa á reconocer la costa, por si en algun paraje podia encontrar caza. Volvió al cabo de tres dias cargada de bestias monteses, entre las cuales habia una especie semejante á nuestros puercos, con la ventaja de ser aun de mejor gusto. El feliz suceso resucitó á nuestra gente, cuyo espíritu habia decaído por temor del hambre, y fué su regocijo tan excesivo quanto lo habia sido el desconsuelo.

Morrice nos dijo que en esta última salida habia descubierto una isla como de cinco leguas de circuito, á donde se pasaban á nado las bestias monteses de nuestro continente. Que cuando habia desembarcado en ella la primera vez, añadió, habia encontrado rebaños de muchos miles con copioso número de hijuelos: que inferia se iban allí cuando estaban en celo. En

fin, lleno de esperanzas con el buen éxito de la empresa, me pidió que le permitiese hacer otro viaje al Sudeste, porque tenia seguridad de que habia un rio hácia aquel paraje. Concedíselo y partió con doce hombres y víveres para ocho dias, dejándonos con el mayor cuidado de su suerte, que encomendamos al cielo. Tratamos de dedicar estos dias al arreglo de nuestra colonia, y establecimos varias leyes para bien de la nueva república.

Pasados cuatro dias, que era el término dado al almirante, principiámos á desconfiar de su fortuna, no habiendo uno que no sospechase algun desastre; mas con todo no nos atrevíamos á enviar otra chalupa á buscarle, porque no la sucediese otro tanto y quedásemos entonces totalmente perdidos, pues era casi el único auxilio de que dependia nuestra subsistencia, faltándonos la nave de Morrice, sin la cual no podíamos comunicarnos con otro establecimiento que habian formado varios de nuestros cazadores de la parte allá de la bahía. Estas circunstancias nos inquietaban extremadamente. Volvimos á los antiguos apuros. No se veia más que semblantes taciturnos pasearse alrededor del campo con melancólico silencio y pintada sobre su frente la congoja interior.

Ya quiso el cielo que el duodécimo día, tomando un anteojo para observar el mar, avistáse tres chalupas que venían hácia nosotros, entre las cuales distinguí la de nuestro almirante. A nueva tan agradable nuestra gente prorrumpió en aclamaciones que nos aturdián; sólo lo que no pudimos conocer fué qué chalupas eran aquellas que le acompañaban. Pero bien pronto sucedió el terror á la alegría, cuando observando todavía el mar, descubrimos hasta diez buques que se acercaban á la costa. Por el pronto cada uno se creyó muerto ó esclavo. Mandé tomar las armas y apuntar el cañon, por si hacian cara á nosotros, y estando en esto la flota echó anclas á la inmediacion de la costa, dejando á Morrice que se adelantase solo. Desde el instante que llegó á distancia de poder ser oido nos anunció que no teníamos que temer; que le enviásemos la chalupa para salir á tierra, y así lo hicimos sin detenernos. Entró en ella con otro de su gente y un bello hombre asiado de la mano. En la hora que ví á este extranjero me acerqué á la orilla del mar á recibirle, donde Morrice me hizo saber en breves palabras que aquel hombre venia dirigido á mi por el gobernador de cierta ciudad distante veinte leguas por cima de la bahía, que los habia reci-

bido con mucha humanidad. Concluida su relacion hicimos al enviado una profunda reverencia, que nos volvió de la misma manera, y enseguida, levantando los ojos al cielo, exclamó en buen francés: «Plegue al Poder Eterno, que gobierna el mundo, bendeciros. Plegue al sol, ministro principal de este sér y nuestro glorioso monarca, derramar sobre vosotros sus benéficas influencias.» Entonces le dijo Morrice que yo era el general. Inmediatamente me presentó su mano, que iba á besar, pero se opuso con urbanidad, y dándome un abrazo me besó en la frente. Pidióme le llevase á nuestro campo, como ejecuté, y habiendo observado nuestras fortificaciones manifestó su aprobacion, y despues me dijo: «Señor, vuestro almirante me ha informado de vuestras aventuras y trabajos; por esto me he arriesgado á ponerme en vuestras manos, persuadido á que no me causareis la menor violencia. Veo en vuestro exterior que no me ha engañado, antes descansaré en una de vuestras tiendas con perfecta seguridad, si tenéis á bien permitirmelo. Entretanto el señor Morrice os dará cuenta de los sucesos de su viaje.» Le conduje al instante á mi tienda, y volví á buscar á Morrice, cuya relacion deseaba oír con impaciencia.

CAPITULO IV.

Morrice refiere las particularidades de su viaje.

De este modo fué como se explicó. Mis valientes compañeros, y vos nuestro ilustre general, luego que partí con vuestro permiso y el del consejo, di velas el primer día hácia el Sudoeste y encontré un rio que viene á desembocar en la bahía, donde anclamos al declinar la tarde. Por la mañana de madrugada determiné levantarla, y habiendo andado tres leguas ó poco menos, nos hallamos insensiblemente en un lago de agua parada que parecia se extendia á proporcion que avanzábamos, de suerte que muy en breve perdimos de vista la tierra. No teniamos entonces sinó un céfiro tan débil, que apenas arrugaba la faz del agua. En fin, descubrimos en este lago unas pequeñas islas pobladas de árboles, cuya frondosidad nos encantó. Anclamos al caer la tarde entre dos de ellas,

como á media legua de tierra, con ánimo de abordar á una ú otra por la mañana así que amaneciese.

Gran parte de la noche se pasó en hablar de nuestros descubrimientos y aventuras malas ó buenas, de suerte que nos acostamos bastante tarde, y tan descuidados como el que no tiene enemigos que temer. Juzgue ahora cualquiera nuestra sorpresa al encontrarnos muy de mañana cercados de doce navios, sin esperanza alguna de poder escapar. A pesar de todo, en una situación en que la esclavitud era el menor de los males que esperábamos, estábamos resueltos á batirnos hasta el último aliento, preparándonos para una vigorosa defensa, cuando una de las chalupas se acercó á nosotros, y á la precisa distancia se nos presentó un hombre que nos saludó con una profunda inclinacion, diciéndonos en español que no recehásemos nada, que no habia venido á hacernos daño. Sobre esta insinuacion mandé á uno de los míos, que nos habia servido de intérprete, le preguntase por qué nos habian cercado de aquella manera. Respondió que su única intencion era socorrernos en lo que necesitásemos, pero que le dijésemos por qué accidente nos hallábamos en el lago con un buque tan pequeño; y habiendo

oido nuestras tragedias nos consoló, expresando que la fortuna era inconstante, que las armas más valientes y poderosas tenian que someterse á sus caprichos.

Se dejaba ver en sus modales tanta sinceridad y rectitud que le escuchábamos con gusto singular. Luego que supo por nuestro trujaman que yo era el jefe y que éramos ingleses, principió á hablarme en inglés, lo cual me hizo sospechar un poco y me preguntó que si éramos los únicos que se habian salvado. Respondíle que sí, pareciéndome prudente ocultarle la verdad hasta ver como nos trataban. Ea, pues, seguidme, me dijo, y no desconfíeis de una nacion en quien hallareis cuanto puede satisfacer á un hombre moderado. Le pregunté cuál era el nombre de estos pueblos hospitalarios, á que me respondió que el nombre del reino en su lengua era Sporunda, y el de la nacion Sporvi ó Sporundamos. Que eran tributarios del opulento imperio de los Sevarambos, cuya capital se llamaba Sevarinda, pero que la ciudad á donde pensaban llevarnos, llamada Sporunda, no distaba más de cinco leguas.

A estas palabras nuestros semblantes mudaron de color. Señores, nos dijo, os he exhortado á que no receleis nada; lo mismo os repi-

to. Contad con que no os haremos ningun daño, á menos que vosotros os le adquirais, bien sea por vuestra desconfianza ó por vuestra temeridad. No tratais con una nacion bárbara, como acaso habreis imaginado. Además no nos faltan fuerzas para obligaros si haceis la menor resistencia, y debo advertiros que entendemos la guerra como ninguna nacion de la Europa, lo cual vereis á grande costa si nos poneis en la precision. Vuelvo á repetiros, señores, que os sometais, en la inteligencia de que no se os violentará de ningun modo. Si no quereis seguirnos, á vuestra deliberacion lo dejo: buscad fortuna en otra parte. Yo me retiro para daros tiempo de determinar, y ruego al cielo os ilumine.

Al acabar de decir esto echó á andar hácia la chalupa, donde se retiró á un lado á hablar con uno de los suyos, hasta que advirtió que la decision estaba hecha, y á la verdad tenia poco que tratar; entonces volvió á nosotros preguntándonos qué partido habíamos elegido, á que le respondí que el de guiarnos por sus sanos consejos y seguirles á donde quisiesen llevarnos. Somos unos infelices extranjeros, añadí, más para excitar la compasion que para infundir el miedo. Señores, contestó, vuestra

resolucion me agrada, sereis llevados á un país de prodigios.

En el instante hizo señal de que se arrimasen las chalupas, lo que ejecutaron con buen órden, y cogiéndonos en medio nos proveyeron de carnes frescas de un gusto delicioso y un vino excelente que se criaba en Sporunda. Como no era de esperar un encuentro semejante, nuestra satisfaccion era tanto mayor. Aquel enviado que vino á mi tienda dijo llamarse Cashida y su compañero Bonascar; ambos tenían un semblante muy agradable y estaban vestidos al modo de los nobles de Venecia. Rogué al primero me declarase cómo podía hablar las lenguas de Europa tan perfectamente. Tiempo habrá de decíroslo, me respondió; ahora solo se trata de ver cómo llegamos á Sporunda antes de anoecer; y en seguida habló á su gente en sporundano, de cuyas resultas vinieron inmediatamente á la proa de nuestra chalupa, y habiendo atado un cable echaron á remar, mientras que el resto de su flota quedó al ancla. Así nos remolcaron sobre el lago hasta poco antes de las dos de la tarde, que advertimos se iba estrechando cada vez más entre dos costas de un país deliciosísimo. Al cabo de otra legua nos hallamos en un rio que guarne-

cian por ambas márgenes dos murallas hasta Sporunda, ciudad situada poco más ó menos como Coblenz sobre el confluente de dos rios.

Nos detuvimos en el puerto, donde habia un concurso extraordinario de sporundanos, por noticia que habia dado un barquichuelo. Cashida fué el primero que puso pié en tierra y estuvo hablando algun tiempo con unas personas venerables, vestidas de negro, trás lo cual hizo señal á Bonascar de que desembarcásemos. Así lo ejecutamos, principiando á saludar desde luego á aquellos señores, cuyo jefe me abrazó, me besó en la frente y me dió el parabien de mi arribo á Sporunda.

Nos condujeron por debajo de una arcada magnífica y atravesamos despues una espaciosa calle para llegar á un soberbio edificio al través de una plaza de arbustos y árboles que habíamos visto ya de lejos. Subimos algunas gradas de mármol, y en fin, entramos en una sala cuya brillantez nos pasmó. Habia diferentes mesas cubiertas de tapiz muy superior al de Pérsia, y alrededor muchos personajes vestidos como mi buen amigo Cashida, los cuales nos hicieron varias preguntas por medio de un intérprete, y yo respondí en nombre de todos según nos convenia. De allí pasamos á otra pieza

hermosa, donde nos pusieron una cena esquisita aderezada al estilo de Europa. Sermotas, que es el que está descansando en la tienda de mi general, me preguntó si no nos agradaban aquellas viandas. Dijele que habia tanto tiempo que no veíamos una mesa tan delicada, que seria menester carecer absolutamente de apetito para no aceptarla. El se sonrió de mi expresion, y haciéndome sentar á la cabecera, tomó despues asiento con otros dos venerables personajes por debajo del mio, mientras que Cashida y Bonascar se colocaban con mi comitiva en otra mesa separada. Acabada la cena los llevaron á unas camas muy decentes, para cada dos una, y á mí me acompañaron Sermotas y los otros hasta la mia, retirandose despues de darme las buenas noches. Pero antes que me durmiese llegó Cashida á decirme que iria por la mañana á prepararme para la audiencia de Albicormas, gobernador de Sporunda, mediante haber dado orden de que nos llevasen á su palacio.

Serian las seis de la mañana cuando me despertó una campanilla. Pasé cerca de otra hora reflexionando sobre el capricho de nuestra suerte, y estando en esto entraron Cashida y Bonascar á darme los buenos dias y preguntarme

si necesitaba alguna cosa. Quise vestirme para recibirlos con más decencia y no lo permitieron, pretestando que debia ponerme otros vestidos. En efecto, un momento despues se presentaron en mi cuarto algunos sirvientes con vestidos de lino y lana, segun su estilo, y otros con una vasija de agua caliente para que me bañase. Preparado todo me dejaron solo con un criado, el cual me dijo como me habia de lavar, y me ayudó á hacerlo; me dió una camisa, calzonzillos y medias de algodón, zapatos, sombrero negro nuevo y una bata de varios colores con un ceñidor negro tambien. Finalmente me vistió, ó me disfrazó en un perfecto sporundano, marchándose despues con mis vestidos antiguos; de suerte que cuando volvió Cashida á instruirme de lo que debia hacer en presencia de Albicormas y su consejo, nos detuvimos muy poco, y echamos á andar hácia un patio donde me esperaban los míos, vestidos como yo, á excepcion de no ser la ropa tan fina, y en lugar de sombreros gorros.

A corto rato vino Sermotas á cumplimentarnos, y salimos para palacio llevándome de la mano por las calles seguidos de la comitiva de dos en dos. Cashida á su cabeza y Bonascar detrás. En este orden atravesamos muchas ca-

lles hasta llegar al palacio, cuya fábrica admiramos, no tanto por la calidad de mármol blanco y negro, como por su pulimento extraordinario que nos hizo tenerle por nuevo, siendo así que tenia muchos años. La puerta estaba adornada de varias estatuas de bronce de un trabajo maravilloso, y á cada lado habia una larga fila de mosqueteros con casacas azules que les caian hasta el tobillo. Dentro nos vimos en medio de otra igual formacion de guardias vestidos de encarnado y armados de lanzas. Allí nos mandaron hacer alto, y al cabo de un cuarto de hora oimos la armonía de diferentes instrumentos militares, que nos daban la señal de continuar nuestra marcha. Pasamos todavía otra puerta para llegar á un patio espacioso de mármol negro, decorado tambien de estatuas en sus nichos, que eran otros tantos primores del arte, y en él estaban como unos cien hombres con batas negras, todos de más edad que los que habíamos visto antes. Esperamos un instante, y llegaron dos de semblante grave, vestidos como los otros, pero con la diferencia de que pendia de la espalda una banda de tela de oro semejante á nuestro cenital de Europa, y mandaron á Sermodas que nos introdujese á la audiencia del gobernador.

Obedeció inmediatamente haciéndonos subir por una escalera de mármol con los pasamanos dorados, que iba á dar á una gran sala adornada de pinturas excelentes, y seguian otras dos ó tres cuya magnificencia y gusto no es fácil explicar. En la última, y su testera, estaba un trono en que presidia un venerable personaje á otros que cubrian sus costados, todos en un silencio tan profundo que dudamos si eran estatuas. Ya se deja conocer que aquel era el gobernador. Tenia una bata de púrpura, y sus consejeros ó los que tuvimos por tales, estaban vestidos como los dos que dieron la orden á Sermodas. Al entrar hicimos una reverencia inclinando un poco el cuerpo; la segunda al medio de la sala algo más sumisa, y la tercera hasta el suelo al llegar á los balaustres dorados del trono, que era la ceremonia que nos habian prescrito. El consejo nos devolvió la cortesía con alguna sumision, pero Albicormas nos pagó haciendo una pequeña demostracion con la cabeza.

Entonces se acercó Sermodas á la balaustada, y me condujo de la mano para decir al gobernador quiénes éramos en sporundano, lengua que me pareció bastante semejante al griego corrompido que hablan hoy en la Mo-

rea. Cashida entró sucesivamente y refirió como nos habia encontrado, interpretándome al mismo tiempo Bonascar su discurso, reducido á esto: que habiendo salido para las islas situadas en el lago á celebrar una fiesta aniversaria nos habian avistado al caer la tarde, y no habian querido manifestarse hasta la media noche por no ser vistos. En efecto, aquellos pueblos se precaven cuanto es posible de que los europeos los descubran, porque nuestras costumbres no turben su tranquilidad y alteren aquella virtud pura que se profesa en Sporunda.

Concluido el informe de Cashida se levantó Albicormas de su silla, y nos aseguró en su lengua que nos procurarían con la mejor voluntad cuantos placeres inocentes dependiesen de su mano, dando orden á Sermoñas de que nos acompañase y protegiesen mientras permaneciésemos en Sporunda; y tras este cumplimiento despachó un mensajero á Sevarinda á pedir al rey ó virrey del sol, como dicen ellos, sus órdenes respecto á nosotros. Albicormas es un hombre de buena cara, pero algo corcobado, defecto que noté con bastante admiracion muy comun entre las personas distinguidas de ambos sexos, que fuera de esto son bien parecidos

y dispuestos. Pregunté á mi amigo Cashida si aquella deformidad era particular á cierta raza, ó provenia de algun accidente. Respondiome que todos los que veia con este defecto eran de Sevarinda, y habian venido á Sporunda en fuerza de las leyes, que condenan á destierro á cualquiera que tuviese la menor deformidad, fuese de alma ó de cuerpo; pero que á Sporunda, que significa imperfecta, solo enviaban estos últimos, y para los primeros que habian violado los principios de la virtud, habia otro destino.

Mientras Cashida me tenia esta conversacion, Albicormas nos despidió y volvimos á nuestro alojamiento con el mismo orden que habiamos salido. Estuvimos encerrados todo la tarde á causa del calor, hasta un poco antes de entrar la noche que nuestro conductor nos sacó á enseñarnos la ciudad. Ciertamente vimos cosas que en Europa no se encuentra su semejanza, soberbios edificios, antigüedades, curiosidades de las ciencias y las artes que nos dieron un gusto inmenso. A este recreo sucedió una comida espléndida, y una hora despues nos llevaron á otra sala, donde hallamos no sé cuantas mujeres hermosísimas y airosamente vestidas, el cabello suelto sobre sus gargantas. Nuestra sorpresa era tanta cual se deja discurrir,

hasta que Sermodas llamó la atención de todos por el razonamiento siguiente:



Advierto vuestra admiración por vuestras ojeadas. Vuestra imaginación se halla confusa á vista de tantas mujeres vestidas de una ma-

nera extraordinaria para vosotros. Pero cada nación tiene sus usos, unos perjudiciales por su naturaleza, y otros que no parecen serlo sino por la preocupación con que se miran.

No era menester mucha elocuencia para animar á nuestra gente, ni faltó quien aplaudiese la costumbre de aquellos pueblos. Todos dimos las gracias á Sermodas, y se retiró. Tras esto entraron dos hombres, al parecer médico y cirujano del gobierno, que nos saludaron en francés, y haciéndonos varias preguntas relativas á nuestra salud, se despidieron con muchos cumplimientos, satisfechos de que no llevábamos la peste. Mis compañeros se retiraron á sus respectivos cuartos, que eran unas celdillas al modo de las de las monjas, y yo al mio, donde pasé muy bien la noche. Por la mañana volvió á sonar la campanita consabida, y quedándome solo, un rato despues entró Cashida á decirme que era hora de levantarse, mientras que Bonascar hacia la misma diligencia con los demás. Al instante que me vestí pasé á la sala en que nos esperaban los compañeros para desayunarnos, despues de lo cual salimos á ver las manufacturas públicas, donde se empleaban hombres y mujeres con utilidad.

Seguíamos este método de vida esperando al

mensajero enviado á Sevarinda, cuyo regreso se verificó á pocos dias con la órden de que nos condujesen á la capital de los sevarambos.

Hasta aqui yo habia estado como pasmado, sin facultad para reflexionar sobre mí mismo ni sobre nuestros negocios. Ya principié á arrepentirme de haber ocultado la verdad por tanto tiempo, sin declarar nada de nuestra historia; solo una cosa me consolaba, y era el conocer la prudencia de los sporundanos, quienes no podian ignorar la fragilidad de la Naturaleza humana. Esto me determinó á buscar á Sermotas y hacerle una relacion sincera de nuestros sucesos, suplicándole me perdonase la reserva que habia guardado. Pocos hombres se parecen á los sporundanos, le dije; por lo comun todo se encuentra en nosotros: mala fé, injusticia, inhumanidad. Toda vuestra bondad no bastaba para curar mis sospechas, porque ordinariamente la bondad entre nosotros no es más que una pérfida apariencia para seducir á aquellos á quienes la sencillez de sus costumbres ha inspirado la credulidad. Mas al fin me reconozco arrepentido de haberos confundido con los demás habitantes de la tierra.

Mi relación pareció agradañe, y habiendo informado luego al gobernador disculpó mi si-

lencio, por el principio de que provenia. Enviaron otro diputado á la córte, y entretanto que volvia nos mandaron que no saliésemos de Sporunda, inventando cada dia nuevos placeres inocentes con que obsequiarnos á porfia.

En suma, concluyó Morrice, á no ser por el cuidado que me dáis, el tiempo se me hubiera hecho corto. El diputado ha venido hará tres dias, trae la órden de que nos presentemos todos al rey de los sevarambos, prometiendo tratarnos con toda la bondad y magnificencia propia de su dignidad. Decidid ahora qué hemos de hacer; si resolveis obedecerle, como os lo aconsejo, ahí teneis la flota que os ha de escoltar.

CAPITULO V.

El autor pasa con los suyos á Sporunda. Descripción del Osparenibon y otras particularidades interesantes.

La relacion del señor Morrice nos dió un verdadero gusto, creyendonos felices en nuestras desgracias por haber encontrado una nacion tan hospitalaria en un lugar que no pensábamos fuese habitado sinó de fieras. Nuestra